

—Y bien, ¿cómo andamos de miedo? Si tiene usted necesidad de algo no se contraría usted, conozco estas cosas. El temor es natural en el hombre.

Después, en voz baja, añadió:

—No fume usted, eso debilita.

Federico tiró su cigarro, que le molestaba, y continuó con pié firme. El vizconde venía detrás apoyado en el brazo de sus dos padrinos.

Pocos transeuntes encontraron. Estaba el cielo azul, y se oía de trecho en trecho cómo saltaban los conejos. A la vuelta de una senda, una mujer de pañuelo, hablaba con un hombre de blusa, y en la gran avenida, debajo de los castaños, algunos criados con chalecos de dril paseaban caballos.

Cisy recordaba los días felices en que montado sobre su alazán y en el ojo su lente, cabalgaba á la portezuela de los carruajes; aquellos recuerdos aumentaban su angustia; una sed intolerable le abrasaba; el susurro de las moscas se confundía con los latidos de sus arterias; sus piés se hundían en la arena; le parecía que estaba hacía una infinidad de tiempo andando.

Los padrinos, sin detenerse, escudriñaban con la vista las dos orillas del camino. Deliberaron si se iría á la Cruz Catelan ó debajo de los muros de Bagatela. Por fin tomaron á la derecha, y se detuvieron en una especie de cuadro, entre

pinos. El sitio fué escogido de manera que quedara dividido igualmente el nivel del terreno. Se señalaron los dos puestos en que los adversarios debían colocarse. Enseguida Regimbart abrió la caja, que contenía, sobre un forro de badana encarnada, cuatro espadas preciosas, con empuñaduras adornadas de filigrana, hueco el centro del estuche. Un rayo luminoso, atravesando las hojas, cayó encima; y parecieron á Cisy que brillaban como víboras de plata sobre un charco de sangre.

El ciudadano hizo ver que eran del mismo largo; tomó la tercera para él mismo, á fin de separar á los combatientes en caso de necesidad. El Sr. de Comaing llevaba un bastón. Hubo un momento de silencio. Miráronse, y todas las caras manifestaban algo de espantado ó de cruel.

Federico se había quitado su levita y su chaleco. José ayudó á que Cisy hiciera lo propio; desataba su corbata, vióse á su cuello una medalla bendecida, cosa que valió una risa de compasión á Regimbart.

Entonces el Sr. de Comaing (para dejar á Federico un instante más de reflexión) intentó suscitar algunos ardides. Reclamó el derecho de ponerse un guante, el de cojer la espada de su adversario con la mano izquierda; Regimbart, que tenía prisa, no se opuso. Por último el barón, dirigiéndose á Federico, dijo:

—Todo depende de usted, caballero. Nunca hay deshonra en reconocer las propias faltas.

Dussardier aprobaba con el gesto. El ciudadano se indignó.

—Se cree usted que estamos aquí para desplumar los patos ¡eh!... ¡En guardia!

Los adversarios se hallaban uno frente á otro, sus respectivos padrinos de cada lado. Él dió la señal.

—Vamos.

Cisy se puso horriblemente pálido. Su hoja temblaba por la punta como un látigo. Su cabeza se caía, sus brazos se separaron, y cayó de espaldas desvanecido. José le levantó, y poniéndole en las narices un frasco, le sacudía fuertemente. El vizconde abrió los ojos, y después, de repente, saltó sobre su espada como un furioso. Federico conservaba la suya, y le esperaba, la vista fija, alta la mano.

—¡Detenéos, detenéos! gritó una voz que procedía del camino, al mismo tiempo que el ruido de un caballo á galope; la capota de un cabriolé rompía las ramas. Un hombre inclinade hacia fuera agitaba su pañuelo y seguía gritando: ¡Detenéos, detenéos!

El Sr. de Comaing, temiendo una intervención de la policía, levantó su bastón.

—Terminemos, pues; el vizconde sangra.

—¿Yo? —dijo Cisy.

Con efecto, al caer se había desollado el pulgar de la mado izquierda.

—Pero ha sido al caerse—contestó el ciudadano. El barón fingió no oírle.

Arnoux había saltado del cabriolé.

—¿Llego demasiado tarde? no; ¡gracias á Dios!

Tenía estrechamente abrazado á Federico, le palpaba, le cubría de besos la cara.

—Conozco el motivo; ha querido usted defender á su antiguo amigo. Eso es hermoso, hermoso. Jamás lo olvidaré. ¡Qué bueno es usted! ¡Ah, querido hijo!

Lo contemplaba y derramaba lágrimas, sonriendo de felicidad. El barón se volvió á José, y le dijo:

—Creo que estamos de más en esta pequeña fiesta de familia. Esto ha concluído ¿no es verdad, señores? Vizconde, ponga usted su brazo en cabestrillo; aquí tiene usted mi pañuelo.

Después, añadió con gesto imperioso:

—Vamos, fuera rencor, es lo que procede.

Los dos combatientes se estrecharon la mano suavemente. El vizconde, el Sr. de Comaing y José desaparecieron por un lado, y Federico se fué por el otro con sus amigos.

Como el *restaurant* de Madrid no estaba lejos, Arnoux propuso ir allí á tomar un vaso de cerveza.

—Y hasta podríamos almorzar—dijo Regimbart.

Pero Dussardier no tenía bastante tiempo, y se limitaron á un refresco en el jardín. Todos experimentaban esa beatitud que sigue á los acontecimientos felices. El ciudadano, sin embargo, estaba fastidiado con que hubieran interrumpido el duelo en el momento oportuno.

Arnoux lo había sabido por un tal Compain amigo de Regimbart; y por un movimiento del corazón, corrió á impedirlo, creyendo, por otra parte, ser él la causa. Rogó á Federico que le suministrara algunos detalles. Federico, conmovido por las puebas de su ternura, escrupulizó aumentar su ilusión, y dijo:

—Por favor, no se hable más.

Arnoux halló esta reserva muy delicada. Después, con su ligereza ordinaria, pasando á otro orden de ideas, preguntó:

—¿Qué hay de nuevo, ciudadano?

Y se pusieron á tratar de tráficos y vencimientos. Para estar con más comodidad, hasta se apartaron á otra mesa á cuchichear.

Federico percibió estas palabras:—Va usted á firmar-me ..—Sí, pero usted, bien entendido...

—Lo he negociado al fin por trescientos.—Bonita comisión, á fe mía.

En resumen, que resultaba claro que Arnoux trasteaba con el ciudadano muchas cosas.

Federico pensó en recordarle sus quince mil pesetas. Pero su reciente paso prohibía los reproches, aún los más suaves. Por otra parte, estaba cansado; el sitio no era conveniente, y remitió el asunto para otro día.

Arnoux, sentado á la sombra de un ligustro, fumaba con aire alegre. Alzó los ojos hacia las puertas de los gabinetes, que todos daban al jardín y dijo que él había venido allí, en otro tiempo, con frecuencia.

—Y no solo, indudablemente,—dijo el ciudadano.

—¡Pardiez!

—¡Qué tunante es usted! Un hombre casado.

—¿Y usted?—replicó Arnoux, y con sonrisa indulgente, añadió: «Estoy seguro que este bribón posee, en alguna parte, un cuarto, en donde recibe á las chiquitas.»

El ciudadano confesó que aquello era verdad, con un sencillo fruncimiento de cejas. Entonces aquellos dos señores expusieron sus gustos; Arnoux prefería ahora la juventud, las obreras; Regimbart detestaba «las remilgadas» y estaba antes que todo por lo positivo. La conclusión que dedujo el comerciante de porcelanas fué que no debía tratarse seriamente á las mujeres.

—Sin embargo, ama á la suya;—pensaba Federico, volviéndose hacia donde estaba aquel

hombre que consideraba mala persona. Le tenía mala voluntad por aquel duelo, como si fuera por él, por quien hacía un momento arriesgaba su vida.

Pero agradecía á Dussardier su sacrificio; el dependiente, á sus instancias, llegó muy pronto á visitarle diariamente.

Federico le prestaba libros: Thiers, Dulaure, Barante, *Los Girondinos* de Lamartine. El excelente muchacho lo escuchaba con recogimiento y aceptaba sus opiniones como las de un maestro.

Una noche llegó todo asustado.

Por la mañana, en el bulevar, un hombre que corría sin aliento tropezó con él, y habiéndole reconocido como amigo de Sénecal, le había dicho:

—Acaban de prenderle y yo huyo.

Nada más cierto. Dussardier pasó el día tomando informes. Sénecal se hallaba encerrado como sospechoso de atentado político.

Hijo de un contra maestre, nacido en Lyon, y habiendo tenido por profesor á un antiguo discípulo de Chalier, en cuanto llegó á París hizo que le presentaran en la Sociedad de las Familias; y siendo conocidas sus costumbres la policía le vigilaba. Tomó parte en el asunto de Mayo de 1839, y desde entonces permanecía oscurecido, pero exaltándose cada vez más, fa-

nático por Alibaud, mezclando sus odios contra la sociedad, á los del pueblo contra la monarquía, y despertando todas las mañanas con la esperanza de una revolución que en quince días ó en un mes cambiase el mundo. Por último, descorazonado por la blandura de sus hermanos, furioso con los retrasos que oponían á sus sueños y desesperando de la patria, entró como químico en el complot de las bombas incendiarias, y le sorprendieron llevando pólvora para ensayar en Montmartre, una suprema tentativa que restableciera la República.

No la quería menos Dussardier, porque significaba, según creía, libertad y felicidad universal. Un día, tenía quince años, en la calle Transnonain, delante de una droguería, vió soldados con la bayoneta roja de sangre, con pelos pegados á la culata de sus fusiles; desde aquel tiempo le exasperaba el Gobierno como la misma encarnación de la Injusticia. Confundía un tanto á los asesinos con los gendarmes; un espía equivalía á sus ojos á un parricida. Todo el mal repartido por la tierra lo atribuía cándidamente al Poder, y lo aborrecía, con aborrecimiento esencial, permanente, que le llenaba todo el corazón y refinaba su sensibilidad. Las declamaciones de Sénecal le habían deslumbrado. Que fuese ó no culpable y odiosa su tentativa, nada importaba. Desde el momen-

to en que era víctima de la autoridad, era preciso servirle.

—Los Parés le condenarán seguramente. Después lo llevarán en un coche celular, como un presidiario, y le encerrarán en Mont-Saint-Michel, donde el Gobierno les hace morir. Austen se ha vuelto loco. Steuben se ha suicidado. Para conducir á Barbés á un calabozo le han tirado de las piernas y del pelo. Le pateaban el cuerpo, y su cabeza saltaba en cada peldaño de la larga escalera. ¡Qué abominación! ¡Miserables! Ahogábanle sollozos de cólera y daba vueltas por el cuarto, presa de una grande angustia.

—Y habrá que hacer algo. Veamos, yo no sé. Si intentáramos libertarlo ¿eh? Mientras le conducen al Luxemburgo, podemos arrojarnos sobre la escolta en el corredor. Una docena de hombres resueltos, pasan por cualquier parte.

Era tal la llama de sus ojos que Federico se asustó.

Sénécal le pareció más grande de lo que él creía. Recordó sus sufrimientos, su vida austera; sin sentir hacia él el entusiasmo de Dussardier, experimentaba, sin embargo, aquella admiración que inspira todo hombre que se sacrifica por una idea. Decíase que si él lo hubiera socorrido, Sénécal no estaría donde estaba, y los dos amigos buscaron laboriosamente alguna combinación para salvarle.

Les fué imposible llegar hasta el preso.

Federico se entereó de su suerte por los periódicos, y durante tres semanas frecuentó los gabinetes de lectura.

Un día muchos números de *El Bota-fuego* cayeron en sus manos. El artículo de fondo se hallaba consagrado, invariablemente, á echar por tierra algún hombre ilustre. Venían enseguida las noticias del mundo, los «se dice.» Después, se bromeaba acerca del Odeón, Carpentras, la piscicultura, y los condenados á muerte, cuando lo había. La desaparición de un barco suministró materia de broma durante un año. En la tercera columna, un correo de las artes, daba en forma de anécdota ó consejo, reclamos de sastres, con crónicas de salones, anuncios de ventas, crítica de obras, tratando con la misma tinta un volumen de versos y un par de botas. La única parte sería era la crítica de los teatros pequeños, en la que se encarnizaban con dos ó tres directores; y los intereses del arte se invocaban á propósito de las decoraciones, de los funámbulos ó de una dama joven de los Abandonados.

Federico iba á tirar todo aquello cuando sus ojos tropezaron con un artículo titulado: *Una gallina huera entre tres cocos*. Era la historia de su duelo, contada en estilo vivaracho, francote. Reconoció sin dificultad, porque le designaban

por una frase que se repetía muco: «Un joven h del colegio de Sens y que no tiene sentido».

Hasta le representaban como un pobre diablo de provincias, un oscuro badulaque que trataba de rozarse con los grandes señores.

En cuanto al vizconde, le reservaban el papel simpático, primero en la casa donde él se introdujo por fuerza, después en la apuesta, puesto que se llevaba á la doncella, y finalmente sobre el terreno donde se conducía como caballero. No se negaba la bravura de Federico precisamente, pero se daba á entender que un intermediario, el mismo *protector*, se había presentado exactamente en el momento oportuno. Todo terminaba por una frase, llena tal vez de perfidias:

—¿De dónde viene su ternura? ¡Problema! y como dice Bazile: ¿quién diablo es aquí el engañado?

Era aquella, sin género de duda, una venganza de Hussonet contra Federico, por haberle rehusado las cinco mil pesetas.

¿Qué hacer? Si le pedía satisfacción, protestaría el bohemio de su inocencia y no ganaría nada con ello. Lo mejor era tragar la cosa silenciosamente. Nadie, después de todo, leía el *Bota-fuego*.

Al salir del gabinete de lectura, vió gente delante de la tienda de un comerciante de cua-

dros. Estaban mirando un retrato de mujer, con esta línea debajo en letras negras: señorita Rose-Annette Bron, perteneciente á D. Federico Moreau, de Nogent.

Era ella con efecto, poco más ó menos, vista de frente, con el seno descubierto, suelto el pelo, y con una bolsa de terciopelo encarnado en las manos, mientras que por detrás un pavo real adelantaba su pico hacia el hombro, tapan-do la pared con sus grandes plumas en forma de abanico.

Pellerin dispuso la exhibición para obligar á Federico al pago, persuadido de que era célebre y que todo París, animándose en su favor, iba á ocuparse de aquella miseria.

¿Sería una conjuración? El pintor y el periodista ¿habrían caminado de acuerdo?

Su duelo de nada había servido. Se convertía en ridículo y todo el mundo se burlaba de él.

Tres días después, á fines de Junio, las acciones del Norte subieron 15 pesetas, y como él había comprado dos mil el mes anterior, resultaba ganando treinta mil pesetas. Aquella caricia de la fortuna le infundió nueva confianza. Dijo que no tenía necesidad de nadie, que todas sus contrariedades procedían de su timidez, de sus vacilaciones. Hubiera debido empezar por la Mariscala brutalmente, rechazar á Hussonnet

desde el primer día, no comprometerse con Pellerin; y para demostrar que nada le molestaba, fué á casa de la señora de Dambreuse, á una de sus reuniones ordinarias.

En medio de la antesala, Martinon, que llegaba al mismo tiempo que él, se volvió preguntándole:

—¿Cómo vienes tú aquí? con aire sorprendido y aun contrariado de verle.

—¿Por qué nó?

Y á la vez que procuraba explicarse semejante acogida, Federico se adelantó hacia el salón.

La luz era débil, á pesar de las lámparas colocadas en los rincones, porque las tres ventanas grandes abiertas, formaban tres anchos paralelos de sombra negra. Algunas jardineras, debajo de los cuadros, ocupaban hasta la altura de un hombre los huecos de las paredes, y una tetera de plata con su gran recipiente para el agua hirviendo se divisaba al fondo brillante como un espejo. Oíase el murmullo de voces discretas y el ruido de los escarpines al crujir sobre la alfombra.

Vió primero fracs negros; después una mesa redonda alumbrada por una gran bomba siete ú ocho mujeres en traje de verano, y algo más allá á la señora de Dambreuse en una butaca mecedora. Su traje de tafetán lila tenía

las mangas adornadas abiertas con bullones de muselina, armonizándose el tono suave de la tela con el color de sus cabellos. Hallábase algo recostada hacia atrás, y apoyada la punta del pié en un cojín; tranquila como obra de arte llena de delicadeza, como flor cultivada con esmero.

El Sr. Dambreuse y un anciano de pelo blanco se paseaban á todo lo largo del salón. Algunos hablaban sentados en los divanes, acá y allá; otros, de pié, formaban círculo en el centro.

Se ocupaban de votos, de mejoras, de multas y correcciones, del discurso de Grandin, de la réplica de Benois. El tercer partido iba decididamente demasiado lejos. El centro izquierda hubiera debido acordarse algo más de su origen. El ministerio recibía graves golpes. Podía, sin embargo, tranquilizar, la circunstancia de que no se le veía sucesor. En resumen, que la situación era completamente análoga á la de 1834.

Como aquellas cosas fastidiaban á Federico, se aproximó á las mujeres. Hallábase Martinon entre ellas, de pié con el sombrero debajo del brazo, la cara casi de frente, y tan correcta, que parecía porcelana de Sévres. Tomó una *Revista de Ambos Mundos* que se veía encima de la mesa, entre una *Imitación* de Kempis y un *armario de Gotha*, y juzgó en alta voz un poeta ilustre; dijo que concurría á las conferencias de San Francisco; se quejó de su laringe y tragaba de cuando en cuando

do una pastilla de goma. Sin embargo, hablaba de música y la echaba de listo. La señorita Cecilia, la sobrina del Sr. Dambreuse, que bordaba un par de puños, le miraba con sus pupilas de azul pálido, y miss John, la institutriz de narices romas, había suspendido su labor; ambas parecía que interiormente exclamaban:

—¡Qué hermoso es!

La señora de Dambreuse se volvió hacia él y le dijo:

—Déme usted mi abanico, que está sobre aquella consola, allá abajo. Se equivoca usted, es el otro.

Levantóse ella, y como él volvía, se encontraron en medio del salón, frente á frente. Dirigióle ella algunas palabras con cierta viveza, reproches, indudablemente, á juzgar por la expresión altanera de su fisonomía; Martinon intentó sonreír, y fué luego á mezclarse en el conciliábulo de los hombres serios. La señora de Dambreuse ocupó de nuevo su sitio, y dijo á Federico, inclinándose sobre el brazo de su butaca:

—He visto anteayer á alguien que me habló de usted; el Sr. de Cisy; le conoce usted ¿no es ver dad?

—Sí... un poco.

De repente, la señora de Dambreuse exclamó:

—¡Duquesa! ¡ah, qué dicha!

Y se adelantó hacia la puerta al encuentro de una señora viejecita, que llevaba un traje de tafetán carmelita y una gorra de *guipure* de bridas largas. Hija de un compañero de destierro del conde de Artois y viuda de un mariscal del Imperio nombrado par de Francia en 1830, se hallaba tan unida á la antigua corte como á la nueva, y podía obtener muchas cosas. Los que hablaban de pié le dejaron paso, y siguieron luego su discusión.

Ahora rodaba sobre el pauperismo, cuyas pinturas todas, según aquellos señores, eran muy exajeradas.

—Sin embargo—objetó Martinon—confesemos que la miseria existe. Pero el remedio no depende de la ciencia ni del poder. Es esta una cuestión puramente individual. Cuando las clases bajas quieran desembarazarse de sus vicios, se librarán de sus necesidades. Que el pueblo sea más moral y será menos pobre.

Según el Sr. Dambreuse, á nada bueno se llegaría sin una superabundancia del capital. Luego el único medio posible era el de confiar «como por su parte querían los *san-simonianos* (Dios mío algo bueno tenían, seamos justos con todo el mundo), de confiar, digo, la causa del progreso á los que pueden acrecentar la fortuna pública.» Insensiblemente se vino á tratar de las grandes explotaciones industriales, los ferro-

carriles, la hulla. Y el Sr. Dambreuse, dirigiéndose á Federico, le dijo por lo bajo:

—No ha venido usted para nuestro asunto.

Federico alegó una indisposición; pero comprendiendo que la excusa resultaba demasiado tonta, añadió:

—He necesitado, además, mis fondos.

—¿Para comprar un carruaje?—preguntó la señora de Dambreuse, que pasaba por allí, con una taza de té en la mano, y mirándole durante un minuto con la cabeza algo inclinada hacia atrás.

Creíale ella amante de Rosanette; la alusión estaba clara. Y hasta le pareció á Federico que todas las señoras le miraban también desde lejos, cuchicheando. Para enterarse mejor de lo que pensaban, se les aproximó una vez más.

Al otro lado de la mesa, Martinon, cerca de la señorita Cecilia, hojeaba un album de litografías que representaban costumbres españolas. Iba leyendo en alta voz los epígrafes: «Mujer de Sevilla», «Jardinera de Valencia», «Picador andaluz»; y llegando una vez hasta lo último de una página, continuó sin interrupción:

—Jacobó Arnoux, editor.—Uno de tus amigos ¿eh?

—Cierto—dijo Federico, herido por el tono. La señora de Dambreuse, añadió:

—Con efecto, una mañana vino usted... para

una casa, creo; sí una casa que pertenecía á su mujer. (Aquello significaba: la amante de usted.)

Ruborizóse él por completo; y el Sr. Dambreuse, que en aquel momento se acercaba, agregó:

—Y hasta parecía usted interesarse mucho por ellos.

Las últimas palabras acabaron por desconcertar á Federico. Su turbación, que él pensaba veía todo el mundo, iba á confirmar las sospechas, cuando el Sr. Dambreuse le dijo más cerca y en tono grave:

—Supongo que no harán ustedes negocios juntos.

Protestó Federico por movimientos multiplicados de cabeza, sin comprender la intención del capitalista, que quería darle un consejo.

Tenía ganas de marcharse. El temor de parecer cobarde le retuvo. Un criado recogía las tazas de té; la señora de Dambreuse hablaba con un diplomático de frac azul; dos jóvenes, uniendo sus frentes, se miraban las sortijas; las demás, sentadas en semicírculo en sus butacas, movían suavemente sus blancos rostros, adornados de cabelleras negras ó rubias; nadie, en fin, se ocupaba de él. Federico dió media vuelta, y por una serie de zig-zás, casi logró alcanzar la puerta, cuando al pasar por cerca de una consola, vió encima, entre un vaso de china y la ma-